

QUINTA

CARTA PASTORAL

DIRIGIDA AL VENERABLE CLERO Y FIELES

— DE LA —

DIOCESIS DE SONORA

— Y DEL —

VICARIATO APOSTÓLICO

— DE LA —

BAJA CALIFORNIA.



BX874

.L6

Q5

c.1

HERMOSILLO.

Imprenta y Estereotipia de A. Ramirez.

1888.

818

BX874

.L6

Q5

C.1

003918



1080027033



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

*Hermosillo  
4 mayo 88.*

*Fundada naxón*

QUINTA

**CARTA PASTORAL**

DIRIGIDA AL VENERABLE CLERO Y FIELES

—DE LA—

DIOCESIS DE SONORA

—Y DEL—

VICARIATO APOSTÓLICO

—DE LA—

**BAJA CALIFORNIA.**

*Jepex, Herculano*



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Tellez

HERMOSILLO.

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

Imprenta y Estereotipia de A. Ramirez.

1888.

41119



*Nos, Herculano López, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Obispo de Sonora y Administrador Apostólico de la Baja California. A nuestro Venerable Clero y á todos los fieles de esta Diócesis y del Vicariato Apostólico. Salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.*

“Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?” (Luc. cap. XII, v. 49.) “Fuego vine á poner en la tierra: ¿Y qué quiero, sino que arda?” (Ev. segun S. Lucas, cap. XII, v. 49.)



**VENERABLES** Hermanos é hijos nuestros.

“La religión, ha dicho un escritor moderno, es, por su naturaleza, una autoridad para la razón y una regla para las costumbres. Estos atributos le son de tal manera inherentes, que Dios mismo no puede despojarla de ellos. Pero estas dos dominaciones, la autoridad y la regla, exigen al hombre sacrificios, y de estos sacrificios proviene gran número de repulsiones contra la fé.” (Caussette, le bon sens de la foi, tomo 1, cap. 2, § I.)

Razón sobrada tiene el célebre apologista moderno. La autoridad y la regla son los dos atributos esenciales de la verdadera religión. La primera exige la sumisión del entendimiento á las verdades reveladas por Dios y propuestas por la depositaria de la verdad, por la Iglesia Católica: la segunda dirige nuestras acciones, y sujetando nuestros apetitos desordenados, nos exige una vida de abnegación y de sacrificio; y ambas nos imponen el deber de estar luchando constantemente con las tres concupiscencias que, segun la expresión del Apóstol San Juan, dominan en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los

ojos y la soberbia de la vida: esto es, el amor desordenado á todo lo que puede lisonjear los sentidos: el amor de las riquezas, y una curiosidad sin medida, que todo lo quiere ver y entender; y el amor de los honores, de la elevación y de las alabanzas. Tantos sacrificios y tan costosos para la naturaleza caída en Adán, producen repulsiones, y á veces tan pronunciadas, que el hombre llega á revelarse contra la autoridad divina, y á decir como los Israelitas del tiempo del Profeta Jeremías "No quiero servir á Dios: *Non serviam.*" No quiero envilecer mi inteligencia hasta el grado de creer cosas que ni veo, ni comprendo: no quiero sacrificar mi libertad, y sujetarme á las privaciones que me exige la religión cristiana. ¡Insensatos! ¡No quieren creer los dogmas católicos, que se fundan en la veracidad de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, y creen á ojos cerrados y sin discusión á un astrónomo que les asegura que el sol pesa tantos quilógramos! ¡No quieren sujetarse á la ley suave del Señor, y se sujetan como esclavos á las leyes tiránicas de la masonería! ¡Renuncian á la verdadera libertad, que es la libertad de los hijos de Dios, la libertad de obrar el bien; y abrazan la falsa libertad, la libertad de Satanás, la libertad de perdición, en una palabra, el libertinaje, el abuso de la libertad!

No hay duda: está sucediendo á la generación presente lo que á los Judíos del tiempo de Nuestro Sr. Jesucristo, según se expresa San Juan en su Evangelio, capítulo III, v. 19: "Lux venit in mundum, et delixerunt homines magis tenebras quam lucem: erant enim eorum mala opera. La luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas, que la luz: porque sus obras eran malas." Esta luz es Jesucristo, su doctrina, su gracia, su Iglesia. A todo esto cierran los mundanos los ojos, y prefieren permanecer ciegos en medio de las tinieblas y de sus pasiones, á gozar del beneficio de esta luz divina. Encantados con los progresos puramente materiales, con los descubrimientos modernos, que nadie negará, ni reprobará, poco ó nada les interesa que la generación presente viva en la ignorancia en materia de religión, y que retroceda á los tiempos del paganismo. Sus pasiones son su dios; su religión, su culto, satisfacerlas. Comamos y bebamos, que mañana moriremos. ¡Como si el hombre fuera solo materia! ¡Como si hubiera sido creado solo para gozar de las cosas de la tierra!

Pero no es esto todo. Muchos perversos, de aquellos que se obstinan en el mal; muchos necios, de aquellos que han hecho de Voltaire y de Reman su libro de texto, blasfeman de lo que ignoran. Sin conocimientos, aún los más superficiales, de la Teología; desprovistos aún de la crítica del buen sentido, blasfeman contra Nuestro Señor Jesucristo, negando su divinidad: blasfeman contra la Santísima Virgen María, negando su perpétua

virginidad, y llamándola adúltera: se calumnia al Sumo Pontífice, á los Obispos y al Clero católico. Todo esto hemos visto en un periódico que se publica en Guaymas, y que no es más que una reproducción de "El Combate," que ve la luz pública en México. ¡Ah, Dios mío! Castiga á estos blasfemos: vuelve por el honor de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, tan impiamente ultrajados; pero no les envíes un castigo que los pierda eternamente, sino uno que los haga abrir los ojos, y convertirse á vos.

A este fin, venerables hermanos y vosotros, muy amados hijos, que permanecéis aún fieles á Dios, á este fin deben dirigirse todos nuestros esfuerzos, á la conversión de los pecadores en general, y en particular, de los blasfemos. Pero como todo lo que podemos hacer ó pedir al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, no tendrá mérito sobrenatural sino por la gracia, y la gracia nos viene de Nuestro Señor Jesucristo, ocurramos al Salvador del mundo, que con su ejemplo nos dejó marcada la línea de conducta que debemos seguir, cuando trabajamos ó hacemos oración por la conversión de los pecadores.

El santo Evangelio, que es la historia de la vida y hechos de Nuestro Señor Jesucristo, nos refiere bien poco de lo que el divino Salvador hizo, durante los treinta primeros años de su vida mortal, para convertir los pecadores, conquistando el corazón de estos, comunicándoles el fuego de la caridad, que en el suyo ardía, y que vino á traer á la tierra: "Fuego vine á traer á la tierra. ¿Y qué quiero sino que arda?" La vocación de los judíos, llamando al pesebre de Belén unos pobres pastores, por el ministerio de los ángeles; la vocación de los gentiles, trayendo de las apartadas regiones del Oriente unos sabios y poderosos, por medio de una estrella, que hasta entónces no se habia visto en los espacios inmensos del cielo; las preguntas y respuestas con que, siendo de edad como de doce años, dejó admirados á los doctores de la ley en el templo de Jerusalem. Esto es todo. Pero no sucede así en los tres años de vida pública, que Nuestro Salvador pasó sobre la tierra: porque este tiempo fué consagrado por Nuestro Señor Jesucristo para procurar á los hombres la vida, la verdadera vida, no la vida animal, que tenemos comun con los irracionales; sino la vida espiritual, la vida de la gracia. Y por eso decía, según San Juan: "Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant: Yo he venido para que los hombres tengan la vida, y la tengan en más abundancia." Cap. X, v. 10.)

¿Y qué hizo Nuestro Señor Jesucristo en los tres últimos años de su vida mortal, para procurar á los hombres esta vida sobrenatural, esta vida abundantísima de la gracia? Como la generación de aquel tiempo era una generación incrédula, de dura cer-

víz y de corazón incircunciso, preciso fué que el Salvador probara su misión divina y su divinidad misma con obras extraordinarias, que llamamos milagros, es decir, con obras exteriores, contrarias á las leyes ordinarias de la naturaleza, y superiores á las fuerzas humanas.

Ardua sobre manera fué la misión que Nuestro Señor Jesucristo trajo á la tierra. El género humano, despojado de sus derechos primitivos y constituido enemigo de Dios por la prevaricación del Paraíso, debía ser rescatado del cautiverio del demonio y reconciliado con su Criador: roto el vínculo de la caridad fraterna por el vil egoísmo, que no se cuida sino de sí mismo, debía reanudarlo, enseñándonos á amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo, en Dios y por Dios, como á nosotros mismos: dominado por las tres grandes concupiscencias que trastornan el mundo, segun San Juan, la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida, debía el hombre ser provisto de medios eficaces para dominar, cuando quiera, y hacerse señor de sí mismo, venciendo aquellas concupiscencias. Grande debe ser la habilidad de un médico, que trata de hacer desaparecer inveteradas y muy graves enfermedades; y el Médico divino, Nuestro Señor Jesucristo, para curar á la humanidad, enferma de más de cuatro mil años, como si no hubieran sido suficientes los medios naturales y ordinarios, recurre á los extranaturales y extraordinarios, y toda la Judéa y las regiones limítrofes fueron testigos de que los ciegos, y aún los ciegos de nacimiento, veían la luz; los cojos y paralíticos recobraban el uso expedito de sus miembros; los muertos, y aún los muertos de cuatro dias de enterrados, volvían á la vida; al imperio de su voz los vientos y las tempestades se calmaban; la mar se consolidaba; los demonios huían despavoridos, y toda la naturaleza obedecía á la voz de Nuestro Señor Jesucristo. Y de esta manera quiso probar su misión divina, conquistar el corazón de los hombres y atraerlos á la verdadera penitencia.

Pero aquí, venerables hermanos y muy amados hijos, parece que oigo á los racionalistas, diciendo: *Los llamados milagros son inadmisibles, son puros mitos: porque las leyes eternas de la naturaleza son invariables.* Así lo han dicho los racionalistas de todos los tiempos: así lo repite, como eco fiel, el "Nuevo Independiente," que se publica en Guaymas. ¡Nécios! ¿Quién es el Autor de la naturaleza y de las leyes que la rigen? ¿Y no podrá Dios suspender, cambiar, derogar, por una vez ó por mil, las leyes de la naturaleza de que El mismo es Autor, cuando así lo pidan sus miras impenetrables para la inteligencia humana? El legislador humano puede abrogar, derogar, suspender, cambiar sus propias leyes, cuando así lo exige el bien comun. ¿Y Dios, legislador uni-

versal, de quien viene todo el poder que los hombres ejercen en las sociedades humanas, podrá ménos que el hombre? ¡Nécios! vuelvo á decir, y mas nécios que uno de los filósofos impíos del pasado siglo, que calificaba de locos á los que negaban la posibilidad de los milagros. Juan Jacobo Rousseau, en efecto, á la pregunta: ¿Qué es un milagro?—respondía lo siguiente: "Un milagro es, en un hecho particular, un acto inmediato del poder divino, un cambio sensible en el órden de la naturaleza, una excepción real y visible de sus leyes. ¿Puede Dios hacer milagros? Esta cuestión, propuesta seriamente, sería impía, si no absurda: imponer un castigo al que la resolviera negativamente sería hacerle mucho honor; bastaria encerrarle en una casa de locos. (Troisieme lettre écrite de la Montagne.)

Además ¿qué es el órden, qué son las leyes de la naturaleza y cómo conocemos uno y otras? Conocemos el órden y las leyes de la naturaleza únicamente por la experiencia general, que nos deja ver los mismos efectos constantemente reproducidos en las mismas circunstancias. Damos el nombre de leyes naturales á las causas que producen estos efectos constantes; y damos el nombre de órden natural al conjunto de estas leyes. ¿Pero cómo sabremos con certidumbre que un hecho particular es un milagro, un cambio sensible en el órden de la naturaleza, una excepción real y visible á sus leyes? Por el sentido comun. En efecto, el testimonio universal, que tenemos por el consentimiento comun, es el que únicamente nos enseña con certidumbre que un fenómeno es natural ó conforme á las leyes, al órden constante de la naturaleza. Luego cuando este testimonio asegura que un hecho, un fenómeno cualquiera es un cambio sensible en el órden de la naturaleza, una excepción real y visible á sus leyes, la realidad de este cambio, ó de este milagro es tan cierto, como es cierto que existe un órden, que existen leyes de la naturaleza; y cualquiera que se negára á creer sobre este punto el testimonio general de los hombres no podria razonablemente creerlo sobre cosa alguna, ni podria conocer el órden de la naturaleza y sus leyes, ni aún saber si hay un órden real y leyes fijas en la naturaleza.

Por lo que hace á los milagros de Nuestro Señor Jesucristo, no puede haber cosa mejor probada: el género humano dá testimonio de esto; los primeros cristianos que los vieron y se dejaron degollar por millares y aún por millones; los mismos Judíos y los paganos que los vieron, y se hicieron cristianos por centenares y aún por millares, y se expusieron á perder sus bienes y su vida; los Judíos y los paganos que no se convirtieron, como los antiguos rabinos, Juliano Apóstata, Celso, Porfirio, que en los mismos escritos que publicaron contra la religión cristiana,

confiesan que Nuestro Señor Jesucristo hizo los mas sorprendentes milagros, hasta resucitar los muertos. Los mismos Judíos contemporáneos de Nuestro Señor Jesucristo no negaban sus milagros. Unos se maravillaban al verlos, y decían: “Bien ha hecho todas las cosas: á los sordos ha hecho oír, y á los mudos hablar.” (Ev. seg. Sn. Márcos, cap. VII, v. 37); y otros los atribuían al poder del demonio (Ev. seg. Sn. Mateo, cap. XII, v. 24). Cecen, pues, los racionalistas de negar la posibilidad y la realidad de los milagros; no nos decanten ya sus *leyes eternas é inmutables de la naturaleza*: porque los mismos enemigos de Nuestro Señor Jesucristo y de su doctrina les dan lecciones de buen sentido y de racionalidad.

Perdonad, venerables hermanos y muy amados hijos, esta digresión, á que nos obligan nuestro cargo Pastoral y las blasfemias que sin cesar publican por la prensa, unos hombres que, para no desbarrar, deberian tener presente aquel proverbio tan conocido de Plinio: “Sutor, ne supra crepidam: Zapatero, á tus zapatos.” Volvamos á nuestro propósito.

Isaias habia dicho, (cap. LXI, vs. 1 y 2): “El espíritu del Señor sobre mí porque me ungió el Señor: me envió para evangelizar á los mansos, para medicinar á los contritos de corazón, y predicar remisión á los cautivos, y libertad á los encerrados: para predicar el año de reconciliación con el Señor, y el día de venganza de nuestro Dios: para consolar á todos los que lloran.” El mismo Jesucristo Nuestro Señor declaró: (Sn. Lucas, cap. IV, v. 18) que esta profesía de Isaias le pertenecía á sí mismo. Evangelizar á los mansos, medicinar con sus palabras de vida á los contritos de corazón, predicar remisión á los cautivos del pecado y del demonio, predicar el año de reconciliación con Dios, de perdon á los hombres de buena voluntad, y de venganza á los obstinados en el mal, consolar á los que lloran. Estas fueron, venerables hermanos y muy amados hijos, las ocupaciones diarias de Nuestro Salvador, durante tres años, desde que fué bautizado en el Jordan hasta que espiró en el Calvario: por este medio procuró conquistar el corazón de los hombres. ¿Quién ignora, en efecto, que Nuestro Señor Jesucristo empleó los últimos tres años de su vida mortal en predicar una doctrina de caridad, propia para conquistar los corazones? El templo, las plazas y las calles de Jerusalem son testigos de esta verdad: los caminos, los desiertos, los montes y los mares oyeron su voz. Ora reprende enérgicamente los vicios, para excitar los pecadores á la conversión: ora enaltece las virtudes para depositar en el corazón humano estos gérmenes preciosos, que producen la vida eterna. Aquí reprende con vehemencia la malicia, la hipocresía de los fariseos para convertirlos y para preservar á otros del contagio

de sus falsas doctrinas: allá acaricia á los niños, y encomia su candor y su inocencia para estimularnos á imitarlos. Unas veces amenaza de una manera terrible á los pecadores endurecidos, para infundirles un saludable temor: “Me buscareis y no me hallareis: y donde yo estoy, vosotros no podéis venir.” (Sn. Juan, cap. VII, v. 34): otras veces es un padre amoroso y compasivo, que recibe y estrecha entre sus brazos al hijo que fué ingrato, pero que vuelve sinceramente arrepentido, implorando el perdón. En un lugar nos hace ver los tormentos terribles del rico avariento, que deseaba al ménos una gota de agua, para mitigar un tanto los ardores del fuego del infierno: en otro, la paz, la tranquilidad, que disfrutaba el pobre Lázaro en el seno de Abraham; y siempre, y en todas partes demuestra hasta la evidencia, que vino á traer á la tierra el fuego divino de la caridad, y que procuró encenderlo en el corazón de los hombres: “Ignem veni mittere in terram, ¿et quid volo nisi ut accendatur?”

A más de la predicación, Nuestro Señor Jesucristo empleaba frecuentemente la oración para conquistar el mundo. En efecto, Leemos en el Santo Evangelio, que Nuestro divino Maestro se separaba de las turbas que le seguían, y se retiraba solo á los montes á orar: “Et dimissa turba, adscendit, in montem olus orare” (Sn. Mateo, cap. IV, v. 23): que despues de haber pasado todo el día enseñando y curando los enfermos, pasaba las noches en oración: “Erat pernoctans in oratione Dei” (Sn. Lucas cap. VI, v. 12): que se retiraba con sus discípulos á los lugares desiertos, y entregándose á la oración, descansaba de las fatigas de la predicación: “Venite seorsum in desertum locum, et requiescite pusillum.” (Sn. Márcos, cap. VI, v. 31). Ahora bien; como la oración es la elevación del alma á Dios para pedirle mercedes, ¿qué tenía que pedir para sí el inocente, el justo, el Santo de los Santos? No bienes temporales: porque, dueño de todo, de nada necesitaba, y cuando queria, se hacia servir por los ángeles: no bienes espirituales, porque, Dios, tiene todas las perfecciones posibles é imaginables. Pedía, pues, para nosotros y por nosotros. Así nos lo hace entender aquella admirable oración, que en la última cena dirigió á su Eterno Padre en presencia de sus discípulos, y que descubre el fuego de la caridad que abrazaba su corazón: “Ego pro eis (pro discipulis) rogo: Yo ruego por ellos (por los discípulos) (Sn. Juan, cap. XVII, v. 9); pero no solo por ellos, sino tambien por todos aquellos que han de creer en mí por la predicación de ellos: “Non pro eis rogo tantum, sed et pro iis, qui credituri sunt in me per verbum eorum” (v. 20) ¿y qué pide para los discípulos y para los futuros creyentes? Escuchad, venerables hermanos y muy amados hijos, y admirad la caridad ardiente que abraza el corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Pide que séamos entre nosotros una misma co-